

Fecha de recepción: 10/10/2024
Fecha de aceptación: 14/01/2025

DURING THE FIRST HALF OF THE 20TH CENTURY, religious groups and organizations were among the most important social spaces for women, as they were considered safe and appropriate places for them, according to contemporary gender ideas. This article provides a historical overview of the Argentine Catholic Action from its foundation in the 1930s and up to the 1960s, examining it from the premise that it was a social space where women could access education, partake in activities beyond household chores and participation in political spaces. For many women this became a springboard to broader political projects.

Keywords: *Argentina, Catholic Action, religious associations, Catholicism, rural women.*

.....
* Investigadora asociada C de tiempo completo, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Historiadora feminista, Doctora en Estudios Latinoamericanos, UNAM. Co-coordinadora del grupo de investigación 'Memorias y corporeidad rumbo a procesos emancipatorios', Universidad Autónoma de la Ciudad de México, UACM. Sus principales líneas de investigación son: memoria histórica; procesos de transición en América Latina; teología de la liberación; sociología de la esperanza; violencia política en Guatemala y Argentina e historia contemporánea de las mujeres.

La Acción Católica Argentina como espacio de formación y sociabilidad política de las mujeres durante la primera mitad del siglo XX

ANELÍ VILLA AVENDAÑO*

DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX las agrupaciones religiosas constituían uno de los espacios más importantes de habitabilidad social para las mujeres, puesto que dentro del imaginario de género eran considerados como lugares seguros y apropiados para ellas. En este artículo se hará un recorrido histórico por la Acción Católica Argentina desde su fundación en los años 30 hasta la década de los 60, partiendo de la premisa de que, pese a su carácter conservador, fue en el seno de esas agrupaciones que muchas mujeres pudieron acceder a la educación, desempeñar actividades más allá del hogar y encontrar espacios de participación y sociabilidad política, que les permitieron posteriormente, sumarse a proyectos políticos más amplios.

Palabras clave: *Argentina, Acción Católica, asociaciones religiosas, catolicismo, mujeres rurales.*

Introducción

Hacia la década de los 30 el papel de las mujeres en la sociedad argentina tuvo importantes transformaciones, comenzaron a ocupar cada vez más los espacios públicos e insertarse en mayor medida en el mercado laboral,¹ pasando de los empleos considerados tradicionales como el servicio doméstico, la costura y la enseñanza, a desempeñarse en otros oficios como obreras, telefonistas, dactilógrafas, entre otras ocupaciones.

Fue también en esta década cuando las mujeres comenzaron a ser reconocidas como sujetas políticas, pues si bien las fuerzas de izquierda de principios del siglo XX –me refiero al Partido Socialista, la Unión Cívica Radical y al Partido Comunista– habían dado cierto impulso para la participación política de las mujeres, estos espacios estaban reservados para ciertas élites, mientras que el cúmulo de la sociedad argentina estaba lejos aún de reconocerle a las mujeres un papel preponderante en la toma de decisiones. El debate en torno al sufragio femenino había estado en la discusión legislativa desde 1919, cuando el diputado de la Unión Cívica Radical, Rogeli Araya, presentó el primer proyecto de ley de sufragio femenino. Sin embargo, fue en los años 30 que el debate cobró más fuerza, entrando a la Cámara de Diputados en 1932 para su discusión, lo que desató fuertes polémicas entre las distintas tendencias acerca de la aprobación en sí y de la edad en que las mujeres podrían votar. Estos debates no pudieron solventarse y fue hasta 1947² que el sufragio femenino fue finalmente aprobado de manera plena bajo el gobierno de Juan Domingo Perón. Lo mismo ocurrió con el tema del divorcio vincular que venía discutiéndose desde los años 30 y fue legislado en 1954, pero a diferencia del sufragio, esta ley fue derogada a la salida de Perón y no volvió a aprobarse hasta el año 86.

Estas reformas fueron impulsadas por distintas agrupaciones de mujeres que se pueden rastrear en las primeras décadas del siglo XX, desde

el Centro Socialista Femenino de 1902, pasando por los congresos de 1910 (Congreso Patriótico de Mujeres y el Congreso de las Mujeres Universitarias), así como las asociaciones y agrupaciones enfocadas específicamente en obtener el sufragio femenino: el Comité Argentino Pro Voto de la Mujer y su predecesora, la Asociación Argentina Pro Sufragio Femenino.

Dentro de estas agrupaciones, las religiosas cobraron una relevancia significativa; sin embargo, desde los estudios sobre historia de las mujeres han sido un poco relegados por considerarse que lejos de contribuir a las transformaciones en la vida de las mujeres, fomentaron la perpetuación de los roles de género. Esta premisa contiene sin duda algo de verdad, puesto que las agrupaciones católicas tuvieron un carácter conservador y como plantea Claudia Touris, consideraron que el comportamiento de las mujeres debía estar guiado “sobre el ejemplo de María, virgen y madre, modelo de la espiritualidad, sumisión a la voluntad divina, pureza y abnegación” (Touris, 2009: 52).

No obstante, se considera que, sobre todo en el caso de la Acción Católica Argentina (ACA), se abrieron grietas importantes en el paradigma patriarcal; es decir que, en los intersticios de la moral católica, las mujeres pudieron hacerse de herramientas que les permitieron marcar un cambio en la forma de relacionarse con los hombres y posicionarse como sujetas plenas.

Es por ello que en este artículo se hará una revisión del papel que tuvieron las mujeres dentro de la ACA, desde su surgimiento y expansión, hasta la época de los años 60 en la que, tras recuperarse de la crisis devenida del peronismo, comenzaron a emerger algunas corrientes más críticas que desarrollaron un compromiso político con el campesinado.

Para sustentar este recorrido se utilizó tanto material bibliográfico, como documentos de la Conferencia Episcopal Argentina, de la Acción Católica Argentina y de la Asociación de Mujeres de la Acción Católica Argentina. Se cepillaron a contrapelo los documentos para poder ubicar en ellos las potencialidades que utilizaron las mujeres para colarse en los intersticios de la dominación.

El desarrollo histórico de la Acción Católica

En América Latina, la presencia de la Iglesia católica ha permeado los procesos de formación de los individuos desde el siglo XVI y ha tenido sin duda una grandísima influencia en la vida social de los pueblos latinoamericanos. Sin embargo, la estructura eclesiástica se ha ido modificando con el tiempo y, en consecuencia, los impactos sobre la sociedad han sido cambiantes. Pasamos

¹ Según el censo de 1914, el porcentaje de mujeres argentinas que estaban empleadas en alguna actividad fuera del hogar era del 27.4%, mientras en el censo de 1947 el porcentaje habría bajado al 21.7%; sin embargo, como señala acertadamente Graciela Quierolo, los censos están mediados por sesgos de género al implicar por un lado un entendimiento del trabajo femenino que invisibilizaba algunas de las labores de las mujeres consideradas propias de su sexo, como las tareas de cuidado. Además estas cifras mantenían oculto al gran porcentaje de mujeres que por diversas condiciones no tenían un reconocimiento y autoreconocimiento como trabajadoras, como es el caso de las mujeres migrantes o de quienes trabajaban en empresas familiares. Esta autora, entre otras, ha demostrado con base en diversas fuentes, que la inserción de las mujeres al mercado laboral en este período no sólo no decayó, sino que fue en notable aumento.

² A través de la Ley 13.010, conocida también como Ley Evita.

del control colonial en el que la unidad entre Iglesia y poder político era prácticamente indisociable, a un siglo XIX marcado por los movimientos independentistas que buscaron la consolidación de los Estados nacionales por encima de la religión eclesiástica, lo que llevó en algunos países a la persecución de los religiosos, varios obispos regresaron a España y las diócesis tuvieron que reconstituirse. Aquellos que permanecieron en el continente tendieron a unirse con partidos conservadores y en general a desligarse de los intereses del pueblo, ya que buscaban posicionarse en el nuevo contexto.

La formación de Estados nacionales estuvo marcada por un proceso de profunda secularización, entendida esta como “la toma de conciencia de la autonomía propia de un Estado con respecto a la Iglesia, y la ejecución efectiva de los medios para realizar dicha autonomía” (Dussel, 1992: 144). Este cambio trajo como consecuencia una reestructuración de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, las cuales variaron de país a país, pero representaron una importante pérdida de poder para la institución católica, por lo que la Iglesia se vio obligada a transformarse.

La separación del poder directo y la consiguiente crisis que atravesó la Iglesia a nivel mundial, le llevó a plantear cambios en su manera de relacionarse con la sociedad. En 1891, el papa León XIII publicó la encíclica *Rerum Novarum*, que se centraba en cuestiones que afectaban la vida diaria de los creyentes, por lo que es considerado el primer esfuerzo por acercarse a la realidad histórica moderna, así como el origen de la Doctrina Social de la Iglesia. Este pontificado promovía la acción social y caritativa de la Iglesia, acercándose a los problemas sociales y fomentando la expansión de misiones católicas en África, Asia y América Latina. También implicó reformas internas de reorganización de estructuras de la Santa Sede. Promovió además la existencia de seminarios y universidades católicas, buscando una mayor preparación académica e intelectual para los miembros del clero.

La Doctrina Social de la Iglesia, si bien tuvo distintas variantes, buscaba fortalecer el trato con los laicos y promover trabajos de acción social dirigidos hacia las poblaciones más vulnerables, pero siempre limitados por una perspectiva conservadora. Se planteaba hacer frente a la perspectiva marxista que, a su juicio, proponía el economicismo como absolutización de la historia y la revolución como vía de transformación. En correlato, la Doctrina Social de la Iglesia propugnaba por una sociedad comunitaria dentro del marco de la sociedad capitalista, ya que su proyecto político-ideológico tenía presente el miedo al comunismo y la propuesta de una tercera vía, una especie de capitalismo dependiente temperado y un sistema liberal. Desde

la perspectiva de este pensamiento, el sistema capitalista no era malo en sí, lo perjudicial eran los abusos que se cometían; por tanto, si se suavizaba su rigor, podían mejorar notablemente las clases populares. Esta posición reconocía la condición de subdesarrollo de los países latinoamericanos, pero planteaba que el paso al desarrollo debía darse por medio de la evolución económica y no por una revolución.

A principios del siglo XX, la Doctrina Social de la Iglesia se vio reflejada en la formación de dos vertientes que por algunos momentos fueron convergentes y por otros discordantes: la Democracia Cristiana (DC) y la Acción Católica (AC). El proyecto demócrata cristiano era pluriclasista, aunque sus miembros casi siempre se pueden ubicar entre los sectores de la clase alta o la media intelectual, por supuesto, urbanos. Este movimiento retomó algunas de las demandas o luchas de los sectores marginales latinoamericanos: de organizaciones campesinas, obreros y estudiantes, pero permaneciendo siempre dentro de los marcos de la sociedad capitalista, pues lejos de querer romper con este paradigma, se planteaba un modelo desarrollista. Y, como bien señala Otto Maduro, desconocían al oprimido como sujeto social activo, mientras que consideraba como capaz de lograr la transformación social a los sujetos –en masculino– de la clase media (Maduro, 1977). Este proyecto se tradujo en la formación de partidos políticos a lo largo de la región, pero, como bien señala Diego Mauro, en el caso argentino:

No fue lo bastante sólido como para dar pie al surgimiento de una fuerza electoral capaz de desempeñar un papel políticamente significativo (como ocurrió por ejemplo, en Italia, Alemania, Chile o Venezuela). De hecho, con excepción de los resultados obtenidos en la primera mitad de los años sesenta, el PDC – Partido Demócrata Cristiano– no logró dejar de ser una fuerza marginal. (Mauro, 2020: 137)

Sin embargo, la intervención de los socialcristianos se dio a través de otras formas como la AC que, como veremos, jugó un papel muy relevante en el desarrollo político argentino.

La AC tiene su origen a principios del siglo XX, fue consolidada por el papa Pío XI quien, al atestiguar la crisis por la que atravesaba el catolicismo, hizo un llamado a la agrupación de los laicos en la Acción Católica planteándola por un lado como una alternativa a las organizaciones socialistas y por otro como una manera de aprovechar la participación de los laicos en la vida religiosa y así fortalecer el catolicismo. Para la Doctrina Social de la

Iglesia y específicamente para la AC, las mujeres resultaron un actor clave en el proceso de fortalecimiento religioso; se consideró que en ellas residía la responsabilidad de educar tanto a la familia como a las jóvenes dentro de la moralidad cristiana. Es decir, se pensaba en su accionar dentro de los marcos tradicionales de género, teniendo a la virgen María como el referente del canon de la feminidad.

Los movimientos de la AC surgieron primero en Europa y a partir de la década de los treinta y cuarenta cobraron importancia en América Latina. Aunque se generó una red entre los distintos grupos de AC de cada país, el movimiento se desarrolló de manera autónoma, lo que se tradujo en una amplia gama de tendencias.

266

Por un lado un sector que, guiado por la lógica de renovación de la Iglesia proponía que su tarea era estar en contacto directo con la realidad, asumiendo un compromiso con el pueblo oprimido, bajo los postulados que se tradujeron después en el Concilio Vaticano II. Esta vertiente formó parte de lo que Michael Löwy denomina como el “cristianismo liberacionista” (Löwy, 1999) para referirse a todo el movimiento generado en torno a una concepción distinta de la fe cristiana que va más allá de la teología de la liberación y que implicó a religiosos, laicos, jóvenes, campesinos, obreros cristianos, comunidades eclesiales de base, clubes femeninos, asociaciones vecinales, sindicatos, etcétera, quienes sin constituirse como unidad, funcionaron como una trama que convocaba a diferentes grupos en torno a planteamientos comunes.

Por otra parte, había otros sectores dentro de la AC que veían esta agrupación como una manera de defender el catolicismo contra el avance del protestantismo, además de fungir como un contrafuerte ante la avanzada comunista. La tendencia conservadora, que tiene en la mira la lucha contra el comunismo, está presente en varios países de la región latinoamericana, sobre todo en Centroamérica. Sin embargo, la AC no se presentó –al menos no en sus primeras apariciones– como un actor opuesto a los movimientos sociopolíticos; por el contrario, se mantuvo ligado a los grupos marginales ofreciéndoles proyectos de desarrollo, generando una fuerte base social.

Los trabajos sociales de corte desarrollista, como la construcción de escuelas, el arreglo de calles y puentes, la formación de cooperativas de ahorro, de sindicatos católicos, estaban dirigidos a brindar herramientas a sectores marginales –como las mujeres de clases populares– para alcanzar mejoras en su situación económica y social.

Brasil es un caso paradigmático para estudiar el desarrollo del cristianismo liberacionista, pues mediante la influencia que consiguieron en las

conferencias episcopales, sobre todo en la de 1955, plantearon de modo más sistemático los problemas sociales, aun cuando ése no era el eje de la discusión. Además, entre 1960 y 1962, la Acción Católica brasileña emprendió un Movimiento para la Educación de la Bases que pretendía educar para concientizar. De estos grupos se desprendió Acción Popular, un organismo que convocó mayor militancia del pueblo y se fue alejando del clero oficial debido a la reacción de éste. Los movimientos católicos laicos –como Acción Católica y las Federaciones de Campesinos Cristianos– fueron los que constituyeron el terreno social para que los cristianos se comprometieron con las luchas del pueblo.

El caso argentino es una especie de intermedio entre las posturas más conservadoras de la AC y la propuesta progresista de compromiso con el pueblo, pues como veremos a continuación, su desarrollo estuvo plagado de pugnas y tensiones tanto con la institución eclesiástica como al interior de la propia Acción Católica Argentina (ACA). Bertolotto lo describe de la siguiente manera al advertir que si bien “la ACA pretendió ser una institución jerárquica donde los laicos acataran las órdenes de la Iglesia, en la práctica, el panorama era diferente. La obediencia no era rígida y había espacio para la agencia de la militancia” (Bertolotto, 2023: 272). Es decir, que dentro de la ACA convivieron ambos sectores, por lo menos hasta finales de los años 60, principios de los 70, cuando el ala progresista se fue radicalizando en sus posturas y optó por separarse de la agrupación.

267

La Acción Católica Argentina y el surgimiento de la Asociación de Mujeres

Las influencias de la Doctrina Social de la Iglesia en Argentina pueden rastrearse hacia finales del siglo XIX, principio del XX, con la Liga Social Argentina cuyo objetivo era formar líderes católicos y que al transcurrir de los años se fue instalando en el sector empresarial. Así como en los Círculos Católicos de Obreros que habían sido fundados por el sacerdote alemán Federico Grote en 1892 y que realizaron un importante trabajo con el proletariado urbano promoviendo la creación de una cooperativa de crédito y organizaciones sindicales. Para los años 20 sumaban entre sus miembros a 28,891 personas, según nos narra María Soledad Catoggio (2016: 27). Hacia 1919 se formó la Unión Popular Católica Argentina que buscaba dar unidad a las iniciativas religiosas, se instauraron círculos de Cultura Católica en 1922 dirigidos a formar intelectuales orgánicos del catolicismo y una década más

tarde se fundó la Acción Católica Argentina que tenía en la mira a los sectores medios de la sociedad.

La Acción Católica Argentina (ACA) se creó en 1931, estableciendo sus estatutos en la Carta Pastoral Colectiva emitida por el Episcopado Argentino el cinco de abril de ese año y tuvo su auge a lo largo de los años 30 y 40. Al igual que en otros países, la apuesta principal de la ACA era fortalecer el catolicismo y al mismo tiempo trabajar por la modernización de la sociedad desde una perspectiva conservadora; es decir, se buscaba que los valores tradicionales de la familia y la moralidad se mantuvieran incólumes pero que la sociedad transitara a una modernidad que podría aportar a un avance en términos económicos.

En este sentido, hacia 1933 formaron el Secretariado Económico Social (SES) que buscaba la creación de sindicatos católicos que pudieran articular las necesidades de los trabajadores con el avance del progreso, siempre en un marco de concepción de la doctrina social cristiana.

Además de esta apuesta modernizadora, el eje principal de la ACA era recuperar el papel que el catolicismo estaba perdiendo en la sociedad, como señala Bertolotto: “el laicado militante sería el iniciador y el protagonista de los nuevos proyectos orientados a recuperar la hegemonía católica. La ACA fue pieza clave en este proceso” (Bertolotto, 2023: 248). Dentro del proceso de “recristianización” fue fundamental el papel de las mujeres tanto en la vida privada como en la pública, atravesando un proceso que Blasco Herraz nombra como “desprivatización de lo religioso” (Blasco, 2005: 135). Según esta autora, la Iglesia atravesó durante el siglo XIX y XX un proceso de feminización, en tanto que fueron cada vez más las mujeres que apuntaron al sostenimiento de la institución en la vida cotidiana.

Con la propuesta renovadora de la Doctrina Social de la Iglesia y la AC, que planteaba sacar la religión del mundo doméstico para posicionarla nuevamente en la vida social, cultural y política, las mujeres se convirtieron en un aliado fundamental para llevar el mensaje a través de las asociaciones religiosas, las escuelas y las labores de caridad. Ahora bien, esto no significa que las mujeres fueran reconocidas y que se valorara su papel de liderazgo o de toma de decisiones, su rol era siempre subordinado, por ello muchas de estas agrupaciones dependían de la coordinación de los sacerdotes varones.

Las mujeres se debían a la Iglesia, pero sobre todo a su familia, por ello había una constante mención en las cartas pastorales acerca de la importancia del matrimonio. En el mes de octubre de 1931 se hizo pública una carta pastoral donde se hacía una férrea oposición al divorcio y se defendía al

matrimonio como “la ordenada conservación del género humano y la recta educación de las nuevas generaciones” (CEA, 1931b).

A comienzos del siglo, las actividades de las mujeres católicas, sobre todo de clases altas, se habían limitado a acciones benéficas y asistencialistas que consistían en colectas para enfermos, presos o personas empobrecidas y fueron llevadas a cabo por la Liga de Damas Católicas. Con la formalización de la ACA este grupo siguió siendo reconocido, junto con otras tres organizaciones federales: La Asociación Nacional de Hombres Católicos; La Federación de la Juventud Católica y Liga de la Juventud Femenina Católica. Cada una tenía sus propios estatutos y una relativa autonomía, pero bajo la coordinación y dirección de la Junta Nacional de la Acción Católica Argentina.³

En 1932 se sumaron grupos de niños, niñas y adolescentes. A la Liga de Damas Católicas se le encargó la sección de Niños Católicos. Mientras que la sección de Niñas y de Aspirantas se puso bajo el cargo de la Liga de la Juventud Femenina Católica.

A lo largo de los años 30 cada vez más mujeres se fueron acercando a la ACA, por lo que el sector femenino dentro de la asociación fue cobrando relevancia hasta conformarse la Asociación de Mujeres de la Acción Católica Argentina (AMAC), a mediados de los años 30. Fue desde este espacio que se impulsaron los círculos de mujeres a través del trabajo parroquial considerado como la “primera célula del organismo de la Acción Católica” (CEA, 1931). Es decir, como la raíz de todo el trabajo de la ACA.

En cada parroquia se llevaron a cabo estos círculos de mujeres que, si bien se encontraban bajo la coordinación o guía de un sacerdote, se convertían en espacios construidos por y para ellas, en los que las mujeres eran sujetas protagónicas, lo que para la época resultaba una novedad. Estos círculos no sólo brindaban espacios de sociabilidad para las mujeres, sino que se convertían en un sitio donde poner en colectivo sus preocupaciones y construir en conjunto.

La ACA consideró que el papel de las mujeres podría resultar clave para los fines de la organización, sobre todo en el tema de la defensa y fortalecimiento del catolicismo, convirtiéndolas en una especie de pilares en la cristianización y recristianización de la Argentina. Sin embargo, como hemos señalado, esto no significa que las pensaran fuera de los cánones de género; se esperaba que fueran buenas hijas y sobre todo buenas esposas y madres,

³ En 1938 se estableció que además de la división por género, era importante tener enfoque de clase, por lo que se determinó la creación de la Juventud Obrera Católica (CEA, 1938).

y que desde este rol, siempre al servicio de los otros, pudieran velar por la moral, la religión y el buen comportamiento de los suyos.

La tarea fundamental de las mujeres de la ACA era el mantenimiento de los valores y la transmisión a las nuevas generaciones, pero no se limitaba al seno de la familia sino que se ubicaba la necesidad de acompañar a los otros. Esto implicaba, muchas veces, que las mujeres debían salir de la esfera doméstica para organizarse activamente en los procesos sociales y políticos de la ACA, lo que en ocasiones incluía hacer viajes por largo tiempo y tener estancias en espacios mixtos. Esto facilitó a muchas mujeres poder acceder a los espacios públicos y políticos, pues al tratarse de iniciativas religiosas no eran mal vistas por las familias, quienes no sólo les otorgaban el permiso para asistir a las reuniones, sino que muchas veces les fomentaban esta participación.

Las mujeres asistían, entre otros espacios, a las asambleas nacionales de la AMAC y como señala Bertolotto, estos viajes se tornaban en un espacio de encuentro:

270

Año a año, las socias que asistían debían dejar sus hogares por varios días para trasladarse a la ciudad donde se realizaba el evento. Las mujeres se alojaban juntas y compartían misas, comuniones, comidas de camaradería, conferencias y jornadas de estudios. (Bertolotto, 2023: 256)

Esto generaba una especie de ruptura en la cotidianidad de las mujeres que estaba por lo regular limitada al espacio de lo doméstico y les permitía hacer un tejido de comunidad, compartiendo con otras pares sus preocupaciones y sueños.

En un primer momento las mujeres que tenían acceso a estos espacios eran sobre todo mujeres de las clases altas y medias argentinas, sin embargo, en el seno de la AMAC se creó una Asociación de Madres que llevaba a cabo el programa llamado Obra Pro Madres, dirigido a las clases populares, que generó uno de los primeros contactos directos entre las mujeres de distintas esferas. Si bien existía el antecedente de las acciones de beneficencia de las Damas católicas, la mirada había sido hasta ese momento de tipo asistencial y restringido sólo a acciones concretas. En cambio, la propuesta de la AMAC fue englobar a todas las mujeres, como fue expresado por la presidenta del Consejo Superior de la Asociación en 1937 a través de la revista *Anhelos*, el órgano de difusión de la AMAC “mujeres somos todas: ricas y pobres, encumbradas y humildes, hasta jóvenes y viejas” (AMAC, 1937: 9) se buscaba así que una mayor cantidad de mujeres pudiera unirse a las filas de la ACA y que comenzaran a tejerse ciertas relaciones interclase.

Ahora bien, esto no significa que se propusiera un borramiento de clase, por el contrario, la división estaba bien marcada, pero se consideraba que había ciertas alianzas que podían tenerse al compartir un proyecto católico y que dentro de la AMAC había espacio para toda clase de mujeres siempre que se mantuvieran dentro del marco de la moralidad y del establecimiento de las relaciones. Bajo este argumento llegó a considerarse incluso que las mujeres más acomodadas debían “formar” a las más desfavorecidas. Este fue el caso del trabajo propuesto con las empleadas domésticas o trabajadoras del hogar que, como señala Bertolotto, “generaban especial preocupación en la AMAC dado que muchas de las socias tenían sirvientas en sus hogares, su moralización y formación era primordial” (Bertolotto, 2023: 261). Se buscó entonces sumar a las trabajadoras a la AMAC para inculcarles un sistema de valores acorde a los intereses de sus patronas.

Si bien esta preocupación inicial puede resultar chocante, lo cierto es que este proceso de adoctrinamiento llevó a la creación de un organismo gremial: la Asociación Católica de Personal Doméstico Femenino (ACPD) que retribuyó en cierto posicionamiento de las trabajadoras domésticas, pues si bien implicaba una especie de tutela sobre la fe y la moralidad, al mismo tiempo brindaba a sus integrantes cierta seguridad en su relación laboral con las empleadoras, reconociéndose su labor de trabajo e incluso haciendo un llamado a la organización.

271

La asociación no sólo vigilaba el comportamiento moral de las trabajadoras, sino que instaba a las patronas a tener respeto por sus empleadas, procurarles bienestar y desarrollo. Desde la ACPD se promovía que las trabajadoras pudieran tener actividades recreativas así como “mejorar las condiciones de trabajo, habitación, alimentación, salario justo, horas de trabajo y de descanso, vacaciones, asistencia en casos de enfermedad, accidentes de trabajo, despido sin previo aviso, seguros a la invalidez y a la vejez” (Funkner, 2021: 141).

La ACPD contaba con un órgano de difusión propio, *Fe y trabajo*, que fue publicado de manera periódica y que como señalan Pérez y Vázquez, mostraba esta doble vía de acción entre la moralidad y la organización “en sus páginas se imbrican discursos que construyen un modelo de trabajadora dócil y sumisa, con otros que promueven su movilización y sindicalización” (Pérez y Vázquez, 2018: 2). Desde la asociación se dio impulso a la creación del Sindicato de Personal Doméstico de Casas Particulares en 1944, se adquirió para ello una sede con recursos de ACA.

Para 1946 el Sindicato se registró en la Secretaría del Trabajo y Previsión, y presentaron un proyecto de ley buscando garantizar los derechos de

las trabajadoras que no llegó a legislarse pero puso el tema en la agenda de discusión. En 1956, tras el golpe de Estado, fue aprobado finalmente el Decreto-Ley 336/56, pero como señala Allemandi: “establecía que los aumentos salariales serían establecidos por el Estado, sin prever ningún mecanismo de negociación” (Allemandi, 2023: 17). Es decir, que dejaba de lado la organización colectiva de las trabajadoras. Dicho decreto estuvo en funciones hasta la reforma del Régimen Especial de Contrato de Trabajo para el Personal de Casas Particulares, realizada el 19 de marzo de 2013, en que se propugnó por una mejora en las condiciones laborales de este sector.

De modo similar ocurrió con las mujeres dedicadas a la costura, quienes para 1937 registraron su Sindicato de costureras, dentro del que se agrupaban tanto las trabajadoras de talleres de costura, como las que laboraban en casa particulares, estas últimas eran a juicio de la AMAC, quienes representaban mejor los valores cristianos pues su trabajo no conllevaba el descuido de sus tareas domésticas y evitaba que estuvieran bajo la influencia de las ideologías de izquierda, entendiéndose socialismo y comunismo. Dentro del Sindicato se generó un servicio especial para recibir las denuncias por tratos injustos o malos pagos, logrando importantes negociaciones con los empleadores. Para 1946 los sindicatos de costureras crearon la Federación Argentina de Obreras de la Confección, que tuvo aún mayor fuerza apuntando hacia la dignificación de su trabajo y la regulación del trabajo a domicilio.

Dentro de la ACA también existían algunas actividades dirigidas a las empleadas de comercio, así como a las obreras en general. Para cubrir a este sector se instalaron lo que se llamó “Casas de barrio” que funcionaban como espacios de educación popular integral y asistencia social, donde por un lado se daba atención a los niños y por otro se brindaba a las mujeres clases de corte y confección, de contabilidad, idiomas, taquigrafía y se ofrecían consultas médicas básicas. El impulso de los sindicatos exclusivamente femeninos implicaba para la ACA la posibilidad de visibilizar las problemáticas particulares de las trabajadoras.

Además, dentro de la AMAC se dio un impulso a la formación de las mujeres a través del Instituto de Cultura Religiosa Superior (ICRS) donde se impartían cursos de latín, sociología, filosofía, psicología e incluso se dictaba una carrera de profesorado de Religión y Moral, que si bien mantenía a las mujeres en el cobijo de los valores tradicionales, al mismo tiempo brindaba herramientas para su inserción en el mundo laboral, como acertadamente señala Bertolotto: “la ACA significó también un espacio de transformación para las mujeres aunque limitado por los roles de género” (Bertolotto, 2023: 255).

La AMAC contaba también con algunos círculos y espacios destinados hacia las juventudes, que buscaban combinar las cuestiones religiosas y de orientación moral con actividades de esparcimiento que resultaran atractivas a las jóvenes. Omar Acha nos cuenta, a través del análisis micro de la Parroquia de la Resurrección del Señor ubicada cerca de la avenida Corrientes en la ciudad de Buenos Aires, cómo eran planteados estos círculos de mujeres jóvenes: como un espacio de sociabilidad para ellas, en las que se les aportaban “charlas donde confluyeron la religiosidad, el entretenimiento y la reivindicación nacionalista” (Acha, 2011: 28). Las actividades de recreación y esparcimiento fueron de los principales atractivos de la ACA e incluso la motivación por la que algunas jóvenes se acercaron a estos espacios. Aunque no todas se comprometieran a largo plazo, la presencia de las juventudes brindaba a la ACA cierto dinamismo y presencia. Para 1946, se registró una asistencia de 40,000 mujeres a una asamblea federal juvenil (Acha, 2011: 30).

Además de este trabajo con las clases marginales y las juventudes, hubo un grupo de mujeres pertenecientes a ciertas élites intelectuales que tuvieron un papel relevante dentro de la ACA en la elaboración de sus lineamientos y la redacción de artículos concernientes a los temas familiares o educativos, lo que aún con sus limitaciones, implicó un importante espacio de expresión para ellas. En la década de los 30 se formó en el seno del laicado la Asociación de Escritoras y Publicistas Católicas, en la que se agruparon mujeres como Sara Mackintosh, Sara Montes de Oca de Cárdenas, Lucrecia Sáenz Quesada, Beatrix Gallardo y Angélica Fuselli, que fueron fundamentales en la posterior lucha por el derecho al voto de las mujeres y en la que el sector católico tuvo un importante peso.

Ahora bien, pese a todo este escenario de apertura es preciso no perder de vista que la Acción Católica Argentina estaba lejos de ser una propulsora de la liberación de las mujeres, como señala Bertolotto: “la AMAC reconocía el valor de la autonomía femenina y exaltaba el activismo de las mujeres, sin embargo, el mensaje que éstas debían llevar era en esencia conservador” (Bertolotto, 2023: 258). Para la ACA el tema de la moral y la defensa de los valores tradicionales constituía un eje fundamental, por lo que si bien había un impulso para la formación de las mujeres y para su inserción en el mundo laboral, se hacía un especial énfasis en señalar que lo más importante para la mujer era la familia, y que esta no debía sacrificarse bajo ninguna circunstancia. Estos paradigmas de género se fueron transformando dentro y fuera de la ACA hacia los años 50, guiados en buena medida por las posturas impulsadas por el peronismo que, como veremos enseguida, provocó una fuerte crisis en el movimiento laico.

La crisis y transformación de la Acción Católica Argentina frente al peronismo

El 4 de junio de 1943 ocurrió en Argentina un golpe de Estado orquestado por un grupo de militares que terminó con el gobierno de Ramón Castillo y comenzó el proceso conocido como la Revolución del 43, durante este periodo se incrementó la tensión existente al interior del movimiento católico, como plantea José Zanca: “la llegada al poder de muchos militantes del nacionalismo católico y la identificación del régimen militar con la Iglesia católica agudizó las tensiones que eran ya evidentes” (Zanca, 2015: 80). Esta disputa se hizo más notable luego de la llegada al poder de Juan Domingo Perón en 1946, en la que los sindicatos de origen católico tuvieron una gran relevancia.

Perón reivindicaba para sí elementos de la doctrina social de la Iglesia; es decir, pensaba en la necesidad de hacer una transformación en las circunstancias de opresión de las clases marginadas pero manteniéndose dentro de los límites del proceso de modernización capitalista. Bajo esta lógica, hizo una alianza estratégica con algunos sectores del laicado católico que venían de las experiencias de la Juventud Obrera Católica y el movimiento sindical, con ello buscaba ganar posiciones frente a posturas más radicales del sindicalismo, es decir, a las tendencias comunistas.

Varios miembros destacados de la ACA se sintieron atraídos por sus propuestas y se sumaron al partido laborista, entre ellos Antonio Cafiero, que era un prominente líder de las juventudes católicas, al igual que Emilio Mignone, quien años más tarde fue un personaje clave en la defensa de los familiares de desaparecidos políticos de la última dictadura militar a través del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS).

Los sectores femeninos de la ACA también tuvieron cabida dentro del gobierno peronista, fue durante este periodo que finalmente se aprobó el voto de las mujeres en 1947. Esto, luego de largos años de lucha de las feministas sufragistas del país, así como de un importante sector de mujeres laicas católicas, que habían estado posicionando el debate del derecho de las mujeres al voto. El argumento de estas últimas tenía una fuerte carga moral, pues consideraban que las mujeres debían acceder al voto como una manera de cumplir con sus obligaciones maternales, garantizando el bienestar de sus familias, según lo dejaron asentado en la revista *Anhelos* “la mujer, interesada en el bien público, será mejor compañera y consejera de los hijos y el marido, y será más eficaz guardiana del hogar, porque –mirando más allá de sus cuatro paredes– podrá contribuir a defender su estructura cristiana y la estructura cristiana de todos los hogares” (AMAC, 1945: 10)

En 1949 se creó el Partido Peronista Femenino, bajo la icónica figura de Eva Perón, que tuvo una gran relevancia pues permitía garantizar que las mujeres ocuparan el 33% de los cargos votados al peronismo, lo que significó que en las elecciones de 1951 fueran votadas 109 mujeres. Sin lugar a dudas este hecho posicionó a algunas mujeres, abriendo el marco de posibilidades para su participación política. Sin embargo, los espacios del laicado católico continuaron siendo un bastión para las mujeres, pues pasarían todavía algunas décadas antes de que esto se hiciera común a toda la sociedad argentina.

La incorporación de algunos sectores del laicado al gobierno de Perón, lejos de significar un fortalecimiento para la ACA trajo consigo un período de crisis, pues muchos de sus miembros renunciaron o dejaron de asistir a estos espacios para concentrarse en la política, como acertadamente señala Lucía Santos para el caso tucumano: “las sucesivas inasistencias y renunciaciones de los socios ACT, el cierre de centros y círculos parroquiales, y la inacción de los secretariados contrastaron con la historia de años, de una militancia más entusiasta y activa” (Santos, 2015: 227). Los espacios de la ACA fueron quedando abandonados y sus miembros se fueron mermando; según Catoggio, para 1950 la ACA contaba con 72,563 militantes (Catoggio, 2016: 31). En este sentido resulta muy interesante el trabajo Omar Acha acerca de las tendencias de afiliación de la ACA, pues nos muestra cómo si bien hubo un decaimiento en las ramas varoniles tanto de jóvenes como de adultos, en el caso del sector femenino hubo apenas una pequeña baja en la participación de mujeres jóvenes y un incremento sustancial de mujeres adultas (Acha, 2010: 9).

Esta crisis llevó a un viraje de la ACA hacia sus raíces más conservadoras, centrando sus energías en la defensa de la moral cristiana, que se veía atacada por algunas de las políticas del peronismo como “la legalización del divorcio y la prostitución, la igualdad de los hijos legítimos e ilegítimos, la supresión del decreto de enseñanza religiosa” (Catoggio, 2016: 43-44), así como la confrontación en pro de una educación laica y libre. Derivado de estas disputas, algunos sectores de la ACA comenzaron a fijar posiciones antiperonistas espoleados en cierta medida por la institución, como señala Lucía Santos: “desde 1952 el episcopado, en consonancia con directivas vaticanas, intentó dar nuevo impulso al apostolado laico bajo la consigna de penetrar los distintos ambientes de la sociedad” (Santos, 2015: 229).

Por su parte, la Iglesia institucional comenzó a mostrar explícitamente un rechazo con el peronismo llegando al punto de que se declarara una suerte de Excomunión a Perón. Ciertos sectores laicos, incluidas algunas

mujeres de la élite católica, también comenzaron a hacer un símil entre el peronismo y el fascismo, declarando que “Perón era, bajo esa premisa, un líder fascista y su ascenso al poder era el producto de un preciso plan ejecutado por Alemania” (Zanca, 2005: 80). Se posicionaban entonces como antifascistas y antiperonistas, muchas de estos enfoques los podemos rastrear a través de las revistas *Argentina Libre* y *Antinazi*, donde colaboraron mujeres icónicas como Beatrix Gallardo de Ordoñez.

Ante esta situación Perón acusó a algunos sectores de la Iglesia de estar llevando a cabo una conspiración en su contra y para 1955 se impulsó el fin de la enseñanza religiosa y la separación definitiva entre Iglesia y Estado, generando aún más rechazo entre los sectores católicos.

Si bien este viraje a la derecha le dio una suerte de nuevo ímpetu a la ACA, no logró acaparar por completo la organización, amplios sectores en su interior, sobre todo los jóvenes, siguieron manteniendo un apego con la doctrina social de la Iglesia y las posturas más progresistas, lo que derivó en fuertes tensiones internas dentro del laicado, que fueron haciéndose cada vez más hondas hacia los años 60 cuando comenzaron a gestarse las ideas del cristianismo liberacionista. Sobre ello nos narra Catoggio:

Al proceso de transmisión generacional de los cuadros medios de la Acción Católica hacia organizaciones sociales y políticas iniciado en la década previa, que incluyó desde el peronismo hasta la democracia cristiana, se añadía un cambio de mentalidad en sectores significativos del catolicismo, liderado por el clero joven y aquel que no lo era tanto, ligado a la juventud a partir del rol de asesores de los movimientos especializados de la Acción Católica, en especial la Juventud universitaria Católica. (Catoggio, 2016: 47- 48)

Es decir, que mientras una parte de la ACA se alineaba con los sectores más conservadores de la Iglesia, otro importante grupo, protagonizado sobre todo por jóvenes, se fue “radicalizando” adoptando posturas de compromiso social con los más necesitados como un acto de afirmación de su fe religiosa, principios que se vieron fortalecidos por los procesos de renovación de la propia Iglesia con el Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín.

La reorganización de la Acción Católica Argentina

Tras las disputas con el gobierno peronista y las rupturas internas que vivió la ACA, hubo una suerte de reconfiguración al interior que permitió el surgimiento

y fortalecimiento de algunos sectores. Se crearon nuevas ramas especializadas, inspirándose ahora en el modelo de la Acción Católica Belga. Se formó una rama de Profesionales y Estudiantes Católicos (APAC) y se fortalecieron las expresiones de la juventud, que desde 1938 habían conformado la Juventud Obrera Católica (JOC) y a las que ahora se sumaba la Juventud de Estudiantes Católicos (JEC) en 1953, y la Juventud Universitaria Católica (JUC) en 1956. Estos fueron espacios de impulso para muchos de los dirigentes políticos de los años 60 y 70, como se ha trabajado en textos fundamentales como *Catolicismo y Montoneros: religión, política y desencanto* de Luis Miguel Donatello, o bien, en el citado trabajo de María Soledad Catoggio.

Siguiendo este espíritu renovador se formó en 1958 el Movimiento Rural de Acción Católica, que marcó un cambio radical en la ACA pues implicó por un lado la ampliación hacia sectores medios y populares, y por otro un cambio en la metodología, pues ahora se partiría de la acción pastoral directa y de la experiencia de la población, como señala Vázquez:

En comparación con prácticas anteriores, se produjo un cambio fundamental a la hora de emprender la actividad en el ambiente rural: ya no se partió de la concepción de los habitantes rurales como agentes pasivos que debían ser objeto de ayuda, protección o caridad, sino que se los vio como sujetos históricos, como actores de su propio desarrollo. (Vázquez, 2020: 121)

Este cambio de paradigma es fundamental, pues fue a partir del reconocimiento de la agencia de los otros, de las juventudes, de la ruralidad, de las mujeres, que comenzó a gestarse abiertamente el movimiento de la Iglesia renovadora que va a tener su sistematización posterior en la Teología de la Liberación.

Dentro de esta nueva mirada, la división por género dejó de ser el eje fundamental del trabajo de la ACA, aunque no desapareció, lo que irónicamente implicó que se diera un cambio mayor en el orden de las relaciones de género, sobre todo en lo que respecta a las mujeres del Movimiento Rural de la Acción Católica.

Para muchas mujeres, sobre todo de las provincias y el área rural, los espacios de la ACA siguieron siendo clave durante los años 60, pues pese a encontrarse frente a una sociedad cada vez más abierta, su papel como sujetas políticas continuaba estando relegado y estigmatizado. En cambio, su participación dentro de los círculos de la Acción Católica era muy valorada y les permitía acercarse no sólo a los espacios de sociabilidad sino a las herramientas de formación, sin ser mal vistas por la sociedad o incluso por sus propias familias.

Fue en el seno de la pastoral social de la Iglesia y de la ACA, que se desarrolló en los años 60 la metodología del “ver, juzgar, actuar” que comenzaba a gestarse en ese momento. Esta propuesta consistía en partir del ver, es decir, ubicar los problemas que les aquejaban de manera inmediata, para lo cual se realizaba una especie de asamblea donde cada uno de los participantes iba planteando los problemas existentes. Después venía el juzgar que era la etapa en la que buscaban una respuesta en el evangelio y finalmente venía el actuar que era realizar una acción en respuesta, que primero era práctica: arreglar el camino, pintar la escuela, cosas así, y luego se iba complejizando. Al cabo de un tiempo de hacer este tipo de procesos, los propios campesinos fueron llegando hacia problemas más profundos y estructurales, como la concentración de la tenencia de la tierra, la desigualdad económica o la distribución de los productos concentrados en unas manos que les tenía en condiciones de empobrecimiento.

Las posturas más críticas dentro de la ACA, como fue el Movimiento Rural, tuvieron un impulso con el Concilio Vaticano II que hablaba sobre la necesidad de modernizar la Iglesia y promover la participación activa de los laicos en las parroquias, la catequesis y grupos de Acción Católica. Y aún más con la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín, Colombia, en 1968, conocida como la Conferencia de Medellín, que es uno de los hitos fundamentales en la historia de la Iglesia en América Latina, pues fue la propulsora de lo que más tarde se teorizó como Teología de la Liberación

Queda fuera de los límites de este artículo extenderme en el análisis de esta corriente y hacer un recuento de las militancias de las mujeres de los años 70 que comenzaron por espacios católicos; sin embargo, es preciso anotar que la participación en los espacios de la ACA fue clave para acercar a muchas de ellas a la política, para crear conciencia de clase y de las condiciones de justicia y desigualdad que se vivía en el país. Ahora bien, esto no significa –valga advertirlo– que todas las mujeres que pasaron por estas agrupaciones tomaran la decisión de militar políticamente.

Conclusiones

A lo largo de este recorrido histórico sobre la Acción Católica Argentina (ACA), desde su fundación en los años 30 hasta la década de 1960, se ha mostrado que esta organización fue un espacio fundamental para la formación política, social y cultural de las mujeres en Argentina. Aunque sus fines iniciales no

estuvieron orientados a la emancipación femenina, sino al fortalecimiento del catolicismo y de la moral tradicional, las prácticas desarrolladas en su interior abrieron una serie de grietas en el orden patriarcal vigente.

Durante los primeros años de la ACA pudimos atestiguar la incorporación de las mujeres a diversos aspectos de la vida pública y política, desde la participación en las asambleas de la rama femenina, pasando por el acceso a la educación en diversas instancias, hasta la organización de sindicatos y agrupaciones gremiales que les permitieron reivindicar sus derechos laborales. En el gobierno peronista y en alianza con otras agrupaciones lograron posicionar también el tema del sufragio femenino, acceder a espacios de participación política y cargos de representación popular.

Pese a la crisis interna que vivió la ACA durante el peronismo, el sector de mujeres siguió encontrando ahí un espacio de apertura y de formación política, por lo que especialmente para las mujeres rurales, las agrupaciones católicas fueron durante los años 60 un factor fundamental en el desarrollo de sus trayectorias políticas, pues la inserción a otros grupos o tendencias más radicales era impensable para ellas. Fue desde ese espacio de fe que muchas fueron cuestionando el orden social en que se encontraban y acercándose al compromiso político, algunas de ellas sin romper nunca con el núcleo religioso y otras radicalizándose después.

En comparación con otros países latinoamericanos, donde la Acción Católica se orientó ya sea hacia proyectos abiertamente conservadores o hacia formas más radicales de cristianismo liberacionista (como en el caso brasileño), la experiencia argentina se situó en un punto intermedio, en el que convivieron las tendencias tradicionales con las progresistas. Este carácter híbrido permitió que, incluso dentro de un marco conservador, las mujeres pudieran acceder a la educación, ocupar cargos de liderazgo en asociaciones gremiales y encontrar una legitimidad social para participar en espacios públicos y políticos.

El análisis desde la perspectiva de género muestra cómo la ACA funcionó como un laboratorio de socialización política para las mujeres, impulsando procesos de desprivatización de lo religioso. Las mujeres pasaron de ser figuras secundarias en la vida parroquial a convertirse en protagonistas de círculos, asociaciones y sindicatos, lo que transformó las relaciones de género en su vida cotidiana. La paradoja radica en que, aunque el discurso oficial exaltaba la domesticidad y la maternidad como destino natural, la práctica organizativa generó condiciones para que muchas mujeres experimentaran una ampliación de su agencia y autonomía.

En definitiva, la Acción Católica Argentina fue, simultáneamente, un espacio de control y reproducción de valores tradicionales y un terreno fértil para la transformación social y de género. Esta dualidad constituye uno de los elementos más significativos de su historia y explica por qué, aun sin proponérselo, terminó siendo un cimiento sobre el cual se erigieron proyectos políticos y sociales más ambiciosos en la Argentina del siglo XX.

Dentro de los intersticios de la moralidad católica y ante el cambio de las circunstancias históricas, las mujeres no sólo tuvieron un espacio de sociabilidad en la ACA, sino que fueron cambiando paulatinamente los paradigmas de género. Se puede afirmar además que ACA fue el cimiento para la creación de otros movimientos y sirvió como base para el desarrollo político de muchas mujeres.

REFERENCIAS

- Acha, O. (2010) "Tendencias de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960)" en *Travesía*, núm. 12, pp. 7-42.
- _____ (2011) "Activismo y sociabilidad en las jóvenes de la Acción Católica Argentina (1930-1945)" en *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, núm. 12, pp. 11-33.
- Allemandi y Pérez, I. (2023) "El servicio doméstico y la historia del trabajo en la Argentina moderna" en Daniel Dicósimo y Marina Adamini *Atlas Histórico y Geográfico de la Argentina. Mundo del trabajo*. Buenos Aires: UNCPBA, pp. 283-294.
- Asociación de Mujeres de la Acción Católica (1937) "A propósito de nuestro nombre" en *Anhelos*, núm. 6, pp. 9-10.
- _____ (1945) "Un asunto de actualidad" en *Anhelos*, núm. 14, pp. 10-11.
- Asquini, S.E. (2018) "¡Lleguemos hasta la obrera!: acción católica, cuestión obrera y femenina según Celia Lapalma de Emery en las vísperas del centenario argentino" en *Cuadernos de historia. Serie economía y sociedad*, núm.21, pp. 11-42.
- Barrancos, D. (2010), *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires, Sudamericana, 352 pp.
- Bertolotto, M.A. (2023) "Vírgenes, madres y apóstoles de la moral. La Asociación de Mujeres de Acción Católica Argentina durante las décadas de 1930 y 1940" en *Arenal*, núm. 30:1, pp. 245-275.
- Blasco Herranz, I. (2005) "Género y religión: De la feminización de la religión a la movilización católica femenina. Una revisión crítica" en *Historia Social*, núm. 53, pp. 119-136.
- Catoggio, M.S. (2016) *Los desaparecidos de la Iglesia. El clero contestatario frente a la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Conferencia Episcopal Argentina (1931). "Pastoral colectiva estableciendo la Acción Católica Argentina" y "Pastoral colectiva acerca del laicismo moderno y los deberes actuales de los católicos". Disponibles en: <https://episcopado.org/documentos>
- _____ (1938). "Resoluciones del Episcopado". Disponible en: <https://episcopado.org/documentos>
- Dominella, V.L. (2018) "De la revisión de vida al despertar del compromiso cristiano contestatario. Las ramas especializadas de Acción Católica en Bahía Blanca (Argentina), 1967-1975" en *Estudos de Religião*, v.32, núm. 2, pp. 163-190.
- Donatello, L.M. (2010) *Catolicismo y montoneros: religión, política y desencanto*. Buenos Aires: Manantial.
- Dussel, E. (1992) *Historia de la Iglesia en América Latina. Medio milenio de coloniaje y liberación (1492-1992)*. Madrid: Mundo Negro-Esquila Misional.
- Funkner, M.E. (2021) "El apostolado de los humildes, de los más humildes, es el que más nos acerca al señor. La cuestión social en las mujeres de la Acción católica Argentina" en *Debates de Redhisel/ Red de Estudios de Historia de la Secularización y la Laicidad*, año 4. núm. 3, pp. 125-152.
- Löwy, M. (1999) *Guerra de dioses. Religión y política en América Latina*. México: Siglo XXI.

Maduro, O. (1977) *Marxismo y religión*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Mauro, D. (2020) “La democracia cristiana en Argentina. Formaciones políticas, partidos y vínculos transnacionales (1912-1967)” en *Ayer. Revista de Historia contemporánea*, núm. 118/2020 (2), pp. 135-163.

Pérez y Vázquez Lorda, L. (2018) “Fe y Trabajo: servicio doméstico, asociaciones católicas y género en los años cincuenta”, Vº Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos y IIIº Congreso Internacional de Identidades. Buenos Aires, Argentina.

Queirolo, G. (2019) “Muchas pero invisibles: un recorrido por las interpretaciones estadísticas del trabajo femenino en la Argentina, 1914-1960”, DOI 10.24215/2314257Xe087 (consulta: 30/05/2024).

Santos Lepera, L. (2015) “Los límites de la confrontación: La Iglesia católica y el gobierno peronista. (Tucumán, 1952-1955)” en *Revista de historia americana y argentina*, vol. 59, núm. 2, pp. 215-298.

Touris, C.E. (2009) “Entre Marianne y María. Los trayectos de las religiosas tercermundistas en la Argentina” en Andújar, A. (comp.), *De minifaldas, militancias y revoluciones: exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburgo.

Vázquez, C. (2020) *Campesinos de pie: La formación del movimiento campesino en Formosa*. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Misiones, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Zanca, J. (2015) “Dios y libertad. Católicas antifascistas en la Argentina de entreguerras” en *Arenal*, núm. 22:1, pp. 67-87.

Testimonios del Archivo Oral Memoria Abierta:

Galbastro, R. (2023) Testimonio Memoria Abierta (entrevistadora Claudia Calvo), 3/05/2023, Signatura AO1042.

Morello, N. (2004) Testimonio Memoria abierta (entrevistador Pablo Palomino), 29/09/2004, Signatura AO0329A.

_____ (2009) Testimonio Memoria abierta (entrevistadora Claudia Calvo), 25/11/2022, Signatura AO0329B.